

## Cultura a la contra

## Nueva ola

Es cada vez más difícil escribir de algo. Sobre todo, de algo que tenga que ver con la cultura. Si yo fuese John Cage, o Salustiano Masó, hablaría de hongos, de la cultura del champiñón; pero mis conocimientos en la materia son más bien pequeños. Tengo que hablar, entonces, de lo que conozco; y lo que conozco son las calles, el Metro y algunos bares. Otros están para criticar, y algunos para criticar a los críticos. Critica quien puede, y a quien puede o a quien se deja. El caso es que hay que hablar de algo. Por ejemplo, de este Madrid que —a pesar de su Ayuntamiento— no es socialista, y que se está volviendo cada vez más invivible. Y conste que no digo inhabitable, porque todo el mundo habita en algún sitio: Drácula, en un panteón, por ejemplo; digo invivible, porque aquí no se puede vivir, sino sobrevivir. Nos vemos reducidos a frecuentar "ghettos": los maricas, a su maricomio; los pasaos, a su pasadero, que está cerca de la plaza del Dos de Mayo —donde cada año llueven palos, no sé por qué—; y los niños nazis, a la zona nacional —aunque se expanden peligrosamente por el resto de la ciudad—, a matar a quien pase. Y cuando no vamos a ghettos, nos tenemos que encerrar en nuestras ciudades-dormitorio, rápidamente y antes de que lleguen las doce de la noche. Los madrileños somos un poco como la Cenicienta: a las doce en casa, porque si no vienen, casi juntos, policías y ladrones a pegarnos palos; unos, para velar por nuestra seguridad ciudadana, y los otros para comerse las habichuelas.

El caso es que vamos de culo, que vivimos en la mierda primavera. Y en esta mierda, en esta basura, florecen simpáticos retoños. Son "La Nueva Ola", chicos que han surgido del asfalto y en él viven. Escuchan buena música, música que hacen otros como ellos, en sus garajes de Londres o de Nueva York: "Devo", "Ultravox", todos mutantes, generaciones eléctricas de un mundo irremisiblemente muerto. Precisamente, hay un grupo americano que se llama "Dead Boys", niños muertos.

Tienen conciencia, claro, de su muerte en vida. Como todos nosotros, como todos los que vivimos en ciudades cada vez más deshumanizadas, cada vez más automáticas; como todos los que sabemos que ya no queda espacio para jugar y divertirse, y que la ecología no es sólo cosa de centrales atómicas. Hay una contaminación terrible, que es la contaminación humana. Nos agobian los humanos, o al menos algunos de ellos: los que no nos dejan movernos, ni vivir, ni salir de nuestros ghettos. Los chicos de la Nueva Ola lo saben, y por eso pasan un poco de todo, humanidad incluida. Quieren ser cadáveres vivientes, porque se han dado cuenta de que no pueden ser otra cosa; y, claro, se hace lo que se puede, no lo que se quiere.

La nueva ola no tiene una estética definida, ni tampoco —menos— una ética: ambos son valores que pertenecen a una generación y a un estado de cosas anteriores: sus padres, e incluso sus hermanos mayores, han definido lo que es bueno y malo, lo bonito y lo feo. Y ellos no quieren cambiar una definición por otra, sino simplemente abolir las diferencias. Son como los anarquistas que cuenta Chesterton —ese genial reaccionario— en "El hombre que fue Jueves", a quienes no les bastaba con acabar con la diferencia entre Bien y Mal, sino que encima querían cargarse los cuatro puntos cardinales. ■

EDUARDO HARO IBARS.



"... y llegó el día de la venganza", de Fred Zinnemann.

mann, la película que creó el conflicto de la Administración española con la productora norteamericana Columbia, hasta el punto de que el entonces ministro de Información y Turismo, señor Fraga Iribarne (era el año de gracia de 1964) prohibió la comercialización en todo el territorio español de las películas de esta marca. La cuestión estribaba en que Fred Zinnemann no respetó las "adaptaciones" que el Gobierno español hizo a su guión, resultando así que la ácida visión de la Guardia Civil —o más concretamente de un obsesionado capitán de la misma— que la película proponía prevaleció sobre los deseos inquisitoriales de la Administración.

Las intenciones políticas de Zinnemann, sin embargo, no son tan duras como podía pensarse. Su visión coincide más con la clásica de los personajes del Oeste obsesionados por un viejo enemigo o por el retorno a la aventura de los héroes cansados que con una perspectiva profundamente crítica de la sociedad española de 1959 —año en que se sitúa la acción de la película—. El antiguo líder republicano anclado en su exilio de un pueblecito francés frente a la manía persecutoria de su encarnizado enemigo —el capitán citado— se conjunta como la clásica aventura personal de dos monstruos literarios. Lo que en absoluto elimina los aspectos positivos o interesantes de esta película; cierto que en ocasiones, aunque escasas, hay que superar la aparición de algún tópico sobre la sociedad española, propia, por otra parte, del maniquismo norteamericano, pero el propio

desarrollo de su anécdota —con la habilidad característica de Zinnemann, director especialmente sensible si recordamos películas como "Solo ante el peligro", "Hombres" o "Julia", por ejemplo— acaba con esos tópicos para concretarse en las secuencias finales de la película donde el romanticismo de unos héroes legendarios toma cuerpo de manera espléndida.

Estamos, pues, ante una película que ofrece la posibilidad de satisfacer una vieja curiosidad histórica, pero al tiempo ante un producto que tiene todavía fuerza suficiente para emocionar o irritar, según el lado del que quiera contemplarse. ■ D. G.

## "El día del presidente"

Pedro Ruiz se dio a conocer en sus actuaciones personales como un curioso caricato poseedor en ocasiones de un corrosivo sentido del humor, dentro de esa condición del género de arremeter indistintamente contra todo lo parodiado. Esa libertad de Pedro Ruiz le hacía políticamente ambiguo pero humorísticamente correcto. Ahora, sin embargo, al plantearse una película como gulonista, director y actor, ha prescindido de aquellas condiciones para realizar, por el contrario, una película presuntamente "seria": la crónica de un inventado día de trabajo de un presidente de Gobierno que, obviamente, es Adolfo Suárez, por mucho que la película se sitúe en un

país imaginario. Pedro Ruiz, en un idealismo poético propio de la ingenuidad, nos cuenta lo mucho que sufre ese pobre presidente por el mucho trabajo que tiene, por las muchas presiones que soporta y los llos de alcoba que le hacen compartir una amante con uno de los más destacados líderes de la oposición. Ese apretado día de trabajo político parece redimirte de sus intereses de clase —que Ruiz ignora—, de sus manipulaciones políticas —que Ruiz redime en aras de la buena fe—, de sus errores o características. Este pueblo es difícil de gobernar, según parece, y quien lo haga es siempre digno de admiración. Sobre todo cuando —como nos muestra Pedro Ruiz— la oposición es innoble y mantiene sucios intereses, hasta el punto de jugarse “al pueblo” en una partida de cartas, en una alusión lamentable a Santiago Carrillo, el más reconocible de los miembros de la oposición que Pedro Ruiz presenta.

El presidente es bueno, honrado y hábil, y ese discurso televisivo que él mismo escribe con la sola inspiración de su buena intención y que lee en directo ante las cámaras (¿en qué país realmente imaginario cree estar Pedro Ruiz?) soluciona provisionalmente las arremetidas sufridas durante el día por parte de militares, jerarquías eclesiales, memos agricultores, blandos homosexuales, tópicos reaccionarios, esposas pesadas o amantes mentirosas. Un día que acaba bien para Pedro Ruiz, pero en el que realmente no hemos visto absolutamente nada que tenga que ver ni con nuestro país ni con el que se elija.

Lamentable y aburrido este producto, mucho más cuando se descubre que Pedro Ruiz es un excelente actor, pero despistado y anacrónico comentarista político. ■ D. G.

## TEATRO

### Equipo Albarcas: Hacia lo estable y popular

Barcelona viene sufriendo, desde hace ya varios años, una alarmante y paulatina decaden-

cia en la programación de su teatro genuinamente profesional. Se entiende perfectamente, pues, que la búsqueda de una revitalización dramática se encuentre hoy en manos de diferentes grupos independientes y entidades anejas (ejemplo más categórico, su Teatro Libre), que no se resisten en modo alguno a perder la sólida tradición mantenida a través de los tiempos.

Durante la temporada que ya finaliza, uno de estos intentos ha logrado acaparar la atención de los medios informativos locales, que no han dudado en resaltar de modo extenso los estimables logros alcanzados. Sin contar con subvención alguna, fruto de la particular iniciativa de algunos profesionales, una entidad cultural, Peña Cultural Barcelonesa —Teatre del casc antic—, ha venido ofreciendo una ininterrumpida programación que parece convertirla ya en una nueva sala estable, capaz de ganar para el espectáculo a una de las más populares barriadas barcelonesas.

Fue primero el Grupo Titular de la Peña Cultural el encargado de abrir sus puertas con el montaje de “Tiempo del 98”, de J. A. Castro. El director del Grupo, Enrique Suñol (al tiempo principal animador de la campaña), supo en aquella ocasión suplir todas las lógicas deficiencias técnicas de una sala de humilde apertura, gracias a un perfecto conocimiento del medio. El primer paso estaba dado. El Equipo Albarcas

se planteó inmediatamente una campaña de teatro popular donde diferentes grupos, propios y foráneos, tuvieran la oportunidad de mostrar su trabajo a un público incipiente. Ocho han sido los espectáculos presentados, y entre ellos se podría destacar “Las hermanas de Búfalo Bill”, de Mediero; “El amasijo”, de Osvaldo Dragún, y “El pelícano”, de Strindberg. El último de estos estrenos (27 de abril) se dedicó, en un pequeño acto, a los medios de comunicación que con tanto interés habían seguido la campaña.

La próxima temporada, Equipo Albarcas cuenta ya con una casi completa programación que seguramente terminará de afianzar su consolidación como centro estable. Falta ahora, ante el esfuerzo realizado, que las ayudas oficiales estén prestas a cubrir, cuando menos, las necesidades mínimas. Porque son estos brotes, afortunadamente cada vez más frecuentes, los llamados a restituir nuestra cultura y hacer llegar hasta las masas sociales más desatendidas una actividad continuada y urgente. Si ello es así, Barcelona contará con un escalón más, un ejemplo a seguir en la definitiva difusión de un teatro que comienza a filtrarse hasta su verdadero público, como esperanzador futuro de lo que la expresión dramática debe terminar siendo, si se pretende que deje de constituir un simple reducto minoritario. ■ MIGUEL A. MEDINA.

“Tiempo del 98”, de J. A. Castro, montaje de la Peña Cultural Barcelonesa.



## ARTE

Gloria Alcahud, que hasta ahora estaba exponiendo en la galería Kreisler Dos, lo que nos exhibió en realidad fue una colección pictórica de “bouquets” de flores —siempre orquídeas—, colección que ella dedica a la memoria de Einstein, del cual parece que ahora es el centenario. Me gusta que Gloria se haya acordado ahora de rendir homenaje a ese genio de la altísima ciencia que tenía aquella cara de cómico viejo melencólico y simpático. Me gusta que la chica, en vez de haber recurrido a la fórmula de la teoría de la relatividad, haya recurrido a las flores, en homenaje al gran viejo, porque así todos estamos mejor.

### Gloria Alcahud: Orquídeas para Einstein

Alcahud, Alcahud... ¿Es un nombre judaico o es un nombre arábigo... o simplemente es un nombre cristiano viejo de las tierras de Valladolid? No lo sé, ni me importa mucho... Ni por otra parte, el hecho de que Gloria dedique su exposición al judío Einstein quiere decir mucho. Lo que sí quiere decir algo, pero no en ningún sentido racial, es que Gloria le llame a sus cuadros “organismos vivientes”. Porque, sí, tienen algo de seres vivos, y no en el sentido vegetalista que puede hacer presentir su condición floral, sino, casi, en un orden aparental casi animal. La orquídea no es una de esas flores cuyo organicismo parece respirable o fágico, como las hay algunas veces, pero en la interpretación de Gloria parecen adquirir esa facultad. Es una condición adquirida simplemente por las facultades pictóricas que la pintora les concede, no por la facultad misma de la flor.

Se podría pensar que el hecho de que Gloria le llame a eso “organismos vivientes” no tiene más importancia que por una cuestión nominativa, como si así se le llamase a un ramo de rosas o de margaritas... o a un manojo de espinacas o de espárragos. Aunque no. No creo que Gloria